

dos los amigos junto al lecho de Job sin decir palabra, respetando su dolor, y despues empieza el desgraciado sus lamentos deseando no haber nacido ó haber muerto en el instante de nacer, y pregunta por qué Dios da vida al que padece. Contéstale Elifaz de Teman amonestándole que no pierda la esperanza y confie, por lo mismo que su vida ha sido intachable; verdad, dice, que no existe hombre alguno exento enteramente de pecado, por cuya razon á todos tocan desgracias, pero solo á los necios mata la afliccion; «yo me dirigiria á Dios y confiaria mi causa al Señor, que puede salvar siempre, y dichoso el hombre á quien Dios castiga.» A estas palabras de consuelo responde Job con grandes lamentos, deseando la muerte y suplicando á los amigos que le compadezcan en lugar de reprenderle en su afliccion. Despues dirigiéndose á Dios le pregunta por qué le toma por blanco de sus rigores y por qué no le perdona sus pecados. Le contesta el segundo amigo Bildad el subita (de Suah) que Dios no tuerce la justicia, que las desgracias son castigos de pecados, pero que Dios no repudia á los piadosos y que volverá á hacer feliz á Job. Este conviene en que nadie está libre de faltas delante de Dios, pero considerando la grandeza y omnipotencia de Dios, ante el cual el hombre no es nada, no le parece justo que Dios aceche las faltas del hombre. A esto responde el tercer amigo Sofar, de Naama, que Dios, que lo sabe todo, no podia menos de conocer todas las faltas de los hombres, pero orando y suplicando tiene Dios conmiseracion de los culpables, y si se renuncia á la iniquidad, Dios borra el mal y se puede tener confianza en el porvenir. Job reconoce la ciencia abrumadora de Dios, pero tambien le dice: «¿A una hoja caida espantas, y á la brizna seca persigues, pues que tantas amarguras me haces pasar y me haces expiar los pecados de mi juventud?» Nótase en este discurso de una manera muy visible la falta de la idea de la resurreccion. Toma la palabra Elifaz diciendo que las palabras de Job prueban su culpabilidad: «¿Tanto te se oscurece la vista que así diriges tu furor contra Dios y hablas contra él?» pregunta á Job, y le recuerda que los blasfemos perecen. Job, sin embargo, dice que sus amigos le escarnecen en su miseria y asegura que el cielo es testigo de su inocencia; desea morir porque en la tierra no hay reposo. Bildad dice que de cualquiera manera que se expliquen los padecimientos de Job, lo cierto es que el infiuo es castigado, á lo cual Job responde que admitido que sea pecador, Dios le habia enviado tormentos, y pregunta á sus amigos por qué ellos le hacen sufrir tambien. Espera firmemente salir de tantas desgracias y que Dios le vendrá á ver (es decir, que le enviará su auxilio), pero no por esto deja de ser cruel hacerle reconvencciones en medio de su infortunio. Esto no impide á su amigo Sofar presentar en un largo discurso el cuadro de la muerte miserable del impío, y concluye de esta manera: «Los cielos descubrirán su iniquidad y la tierra se levantará contra él; el bien de su casa será transportado, y lo que haya acumulado desaparecerá en el dia del furor. Esta es la parte que Dios reserva á los impíos y la herencia que Dios les ha prometido.» Estas palabras sirven á Job para probar la posibilidad de su inocencia fundándose en la felicidad que cabe con mucha frecuencia á los hombres malos, contra lo cual le observa Elifaz que ninguna ventaja resultaba para Dios de la justicia y rectitud de los hombres, y por lo mismo le insta de nuevo á confesar sus culpas, que conocia el Omnisciente, añadiendo que Dios dará su bendicion al que se humille y escuchará sus súplicas. Job, sin embargo, insiste en querer demostrar ante Dios su inocencia y vuelve á preguntar por qué Dios dá tanta fortuna á los impíos en la tierra; y le contesta Bildad recordándole la superioridad de Dios y la culpabilidad del hombre, de lo cual resulta que nadie tiene derecho á quejarse de sus males. Tres

veces han replicado los amigos de Job á los discursos de éste y Job termina la discusion con otro largo discurso que consta de tres partes. En la primera expone la inmensa grandeza de Dios; en la segunda describe las penas y castigos del impío, y en la tercera recuerda toda su vida pasada sin encontrar en ella culpa ninguna. A esto sigue en la forma primitiva del libro el final, en el cual Dios habla directamente desde una tempestad con Job haciéndole ver en la grandeza de la creacion, su magnitud divina y la pequeñez del hombre. En estas descripciones, en que se citan dos animales egipcios, el cocodrilo y el hipopótamo, se ha admirado desde hace ya mucho tiempo, uno de los productos mas imponentes de la vida intelectual de la raza hebrea. Al final del libro reconoce Job su pequeñez y despues de haber salido victorioso de todas las pruebas es indemnizado por Dios con grandes creces de cuanto habia perdido.

A pesar de la profundidad de ideas de este libro, es evidente que las cuestiones que trata no quedan cumplidamente resueltas. La cuestion principal aparece casi siempre mal planteada, porque no se trata de explicar precisamente por qué el inocente tiene que padecer, pues que Job mismo conviene en que, rigurosamente hablando, no hay hombre inocente, sino cómo se concilia con la justicia y dignidad de Dios el hecho frecuente de que los hombres poco culpables padezcan penas y desgracias fuera de toda proporcion con su culpa. ¿Puede Dios tan grande tener placer en la miseria del hombre, cuando esta miseria excede la magnitud de la culpa? A esto contesta el libro con la omniscencia, la grandeza y el mejor saber de Dios. Con esto, sin embargo, no reconcilia al hombre con la marcha del mundo; á lo mas logra la sumision del hombre al destino, y si el libro acalla momentáneamente los escrúpulos con imágenes imponentes y deslumbradoras, hace lo mismo que los que aturden á la tropa con redobles de tambor y música estrepitosa para llevarla al peligro. Este defecto del libro de Job no pasó inadvertido ya en tiempo muy remoto y por eso se le intercaló un largo discurso de Eliú, despues del discurso final de Job, para poder admitir el libro entre los canónicos judíos. Eliú figura ser un amigo joven de Job, pero el libro no le nombra ni al principio ni al fin; y el discurso de este Eliú, que al principio pretendió tener conocimientos superiores, no presenta en realidad ninguna idea nueva y solo vuelve á marcar con mucha fuerza que Dios al enviar padecimientos al hombre no es injusto, y que el hombre no debe sacar de sus penas, al parecer inmerecidas, la conclusion de que la virtud y la piedad son inútiles.

En los escritos de Jeremías, Ezequiel y Deutero-Isaías aparece por vez primera la cuestion candente de la justicia divina, pero en estos escritos se trata de una situacion especial y no de la cuestion en general. Preguntábase entonces, por qué los inocentes habian de sufrir como los culpables en el pueblo de Israel, ó por qué toda la generacion entonces existente habia de pagar los pecados de sus mayores. En estos escritos se supone siempre que Dios es el Dios especial de Israel; pero de esta creencia no existe ya el menor vestigio en el libro de Job. En éste se trata solamente de Dios y del hombre en general; el hombre honrado y virtuoso tiene hasta cierto punto derecho á las mercedes de Dios, pero por lo demás aparecen en este libro Dios como creador todopoderoso y el hombre como criatura, como parte de la creacion. Esta es la base de la cuestion de que trata el libro. Está fuera de toda duda que esta manera de ver no pudo existir antes del tiempo de Esdras; y por otra parte, la ninguna precision patriótica de la nacionalidad, pues son edomitas los que el libro presenta como modelos de piedad y de sabiduría, indica que la leyenda fué escrita por un judío

grecizado y de la época de los Tolomeos. En esta época y en el Egipto, aparecen tambien en su lugar las menciones del cocodrilo y del hipopótamo, y en general corresponden al mismo tiempo y al espíritu griego la tentativa de demostrar la grandeza de Dios por medio de su obra, la creacion, y los trozos análogos de Jesus ben Sirac (Eclesiástico) y del libro de la Sabiduría de Salomon. Tambien las conversaciones en el cielo y la figura tan vigorosamente trazada de Satanás son muy propias del período, relativamente mas moderno, del pueblo judío, y del cual datan los libros apocalípticos, sin negar por esto que la profecía que hizo Miqueas, hijo de Jemla, antes de la batalla de Acab contra los sirios, presenta una descripcion análoga. Finalmente, el libro de Job es un trabajo religioso-filosófico y los israelitas jamás manifestaron la menor inclinacion á la filosofía hasta despues de haber estado en contacto con el elemento griego, á lo cual hay que agregar, como ya hemos dicho, que el libro de Job pertenece al ramo literario novelesco tal como florecia en la sociedad griega, prueba bien clara de la tendencia esencialmente individualista que entonces prevalecia. Mirado así el libro de Job, es el monumento de ideas mas profundas de aquella época de la literatura occidental. Pero al mismo tiempo su forma dialogada ofrece un aspecto nuevo que autoriza á tomar esta obra por una imitacion hebrea del diálogo filosófico de Platon, sobre todo teniendo presente que Platon meditó tambien sobre las causas de los males que padece el hombre, y que tambien se extasió ante la grandeza y belleza del mundo.

Pueden atribuirse con toda seguridad al tiempo de los Macabeos las dos historias de Judit y de Tobías. La primera tiene muchos puntos de contacto con el libro de Daniel, porque habla del rey Nabucodonosor y porque el autor de la leyenda de Judit tuvo de este rey una idea muy confusa, pues para él es rey de Nínive en lugar de serlo de Babilonia y el pueblo al cual gobierna es el asirio y no el caldeo. Este Nabucodonosor singular acaba de alcanzar una victoria sobre Arfaxad, rey de los medos, y envia á un gran número de pueblos que le deben obediencia la órden de unir sus contingentes armados á su hueste, pero estos pueblos se niegan todos á cumplir el mandato y los enviados del rey tienen que retirarse sin alcanzar su objeto. En su consecuencia, Nabucodonosor envia á su general Holofernes contra los pueblos del Oeste para castigarlos. El general llega con un ejército innumerable, destruye las ciudades, las viñas, los árboles frutales, los sembrados; todo lo asola, y lo que las tropas no saquean lo incendian. Los pueblos aterrorizados tratan en vano de hacer la paz. Todos los templos son destruidos porque Nabucodonosor ha mandado á su general que extermine á los dioses de todos sus pueblos, á fin de que estos solo le sirvan á él, le adoren todas las tribus y lenguas y solo invoquen el nombre de Nabucodonosor. Llegó Holofernes de esta manera á acampar en la llanura de Jesrael entre Gaba (al pié del monte Carmelo) y Escitópolis (en la cuenca del Jordan). Entonces quedaron atemorizados los habitantes de Judea que acababan de regresar del cautiverio de Babilonia (admírese esta mescolanza de sucesos y de épocas), y hacia poco que el pueblo se habia reunido y se habian consagrado otra vez los objetos del culto, el altar de los holocaustos y el templo profanados.

En esto se ven claramente señalados los sucesos de la época entonces moderna, representados bajo la imágen de sucesos remotísimos y olvidados. El rey que quiere ser adorado él solo es tan ciertamente Antioco IV, como la nueva consagracion del altar, de los vasos y del templo se refiere al año 165 antes de J. C. Resulta, pues, que Holofernes no es sino Lisias, el lugarteniente y general del rey de Siria.

Refiere la historia de Judit que el sumo sacerdote Jaquin y el consejo de los ancianos mandaron ocupar los desfiladeros por los cuales el enemigo pudiera pasar desde la llanura de Jesrael á Judea. Al ver Holofernes ocupados todos los puntos de las montañas, pregunta qué pueblo es este que así se prepara á resistirle, y entonces Aquior, el rey de los amonitas, le cuenta la historia pasada y maravillosa de los israelitas desde que Abraham salió de la Caldea, y resume su relacion en forma de ley histórica en estos términos: «Mientras este pueblo no faltó á su Dios, tuvo suerte, porque Dios odia lo que es injusto; pero cuando los israelitas se apartaron del camino señalado por Dios, fueron castigados con muchas guerras.» Por tanto, Aquior aconseja indagar si los israelitas faltaban á la ley de su Dios, porque en este caso los venceria Holofernes, pero en caso contrario, seria mejor no hacerles la guerra. Este consejo no gustó al general ni á ninguno de sus capitanes, y Holofernes mandó atar á Aquior y entregarle á los israelitas, anunciando su intencion de matarle despues de haber vencido á estos. Así llegó Aquior al castillo de Betulia, en cuya proximidad se encontraba el campamento asirio. Los israelitas recibieron bien á Aquior, expulsado por los asirios, y Aquior les refirió los planes de guerra de Holofernes. Este marcha al dia siguiente con 100,000 infantes y 12,000 caballos contra Betulia, y viendo que lo montuoso del terreno se oponia á un asalto rápido, decide cortar á la plaza el agua, no dejar salir á nadie y rendirla por hambre. Así lo hace, y pronto fué tan grande la miseria que los habitantes piden al comandante Osías la rendicion y á sus ruegos le conceden solamente cinco dias de plazo para ver si Dios envia auxilio. En esta situacion se presenta una mujer hermosa, rica, devota y viuda, cuyo marido habia muerto tres años antes de una insolacion en la época de la siega. Esta mujer, cuya genealogía es larguísima, reprende al comandante por haber prometido entregar la plaza tan pronto y ofrece hacer algo que dará que hablar á las generaciones venideras, para lo cual necesita salir de noche del castillo acompañada tan solo de una criada. Así lo hace, hermosamente ataviada; llega á las avanzadas asirias, promete enseñar al general enemigo un camino seguro para entrar en la ciudad, su hermosura encanta á cuantos la ven, y los asirios del puesto avanzado mas próximo la acompañan al campamento y hasta la tienda de Holofernes. Este dice que aguarda hasta que los israelitas caigan en pecado comiendo animales inmundos, y que Aquior habia tenido razon al decir que el general solo podia vencerlos cuando hubiesen pecado. Entonces Judit se muestra dispuesta á acompañar á Holofernes hasta Jerusalem. En el campamento se abstiene Judit de todo alimento impuro, hace cada tarde sus oraciones y toma puntualmente su baño de purificacion. Al cuarto dia Holofernes convida á Judit á un banquete, al cual asisten solo las personas de su confianza íntima. Judit accede y ostentando sus mejores prendas y atavíos asiste al banquete, pero solo toca á los manjares preparados por su criada judía. Los comensales, despues de comer mucho y de beber mas, se despiden, y Holofernes, que en toda su vida no habia bebido tanto como en aquel banquete, queda completamente ébrio y dormido en su lecho en presencia de Judit, su criada y el eunuco Bagoas, guardia del general. Judit manda salir al eunuco y á la criada y guardar la entrada de la tienda, diciendo que desea hacer sus oraciones. Estando ya sola, invoca el auxilio de Dios, empuña la espada de Holofernes y de dos tajos vigorosos le corta la cabeza, la mete en un saquito de provisiones, y con el pretexto de ir á orar al campo libre sale con su criada del campamento. Una vez allí suben las dos la cuesta de Betulia, se dan á conocer, les abren la puerta y Judit enseña al pueblo maravillado la cabeza del enemigo. Aquior, al

ver este milagro de Dios, se convierte solemnemente á la religion judáica. Al amanecer suspenden los sitiados la cabeza de Holofernes fuera de la muralla de Betulia y hacen una salida. Entonces vienen los asirios en conocimiento de lo que ha hecho Judit y son completamente derrotados por los sitiados, que saquean el campamento. El sumo sacerdote y el consejo de los ancianos admiran reunidos á Judit, que entona un canto de triunfo como en otro tiempo hicieron Miriam y Débora, y finalmente se celebra en Jerusalem la victoria con grandes festejos. Judit vivió muchos años y alcanzó una edad avanzada; antes de morir distribuyó su hacienda entre sus herederos legítimos y despues de su muerte continuó la paz asegurada por mucho tiempo.

No hay razon para ver en esta historia una alusion directa á los combates de los Macabeos. Es simplemente una leyenda patriótica escrita por su autor bajo la impresion de los sucesos de su tiempo, como se vé en el edicto religioso de Nabucodonosor y en lo que dice de la inauguracion del templo, reconstruido á la vuelta del cautiverio. Sobre la época en que fué escrita esta leyenda no cabe duda ninguna si se atiende á sus errores históricos. Tambien el cuidado que el autor pone en presentar una larga genealogía y en insistir sobre la observancia de las prescripciones relativas á la comida, á los rezos y ayunos, demuestra que escribió en época relativamente moderna. Refiere de Judit que desde que era viuda habia ayunado siempre, excepto en los sábados y lunas nuevas y sus vigiliás, en las fiestas y solemnidades de Israel. Aunque ligeramente, toca tambien el anhelo característico de los judíos de adquirir dinero, anhelo particularmente propio de la época de los Tolomeos y de las posteriores. En fin, el libro de Judit es una obra de gran valor para el estudio de la civilizacion del pueblo en tiempo de los Macabeos, en la cual resalta principalmente la observancia rígida de la ley (religiosa), el patriotismo ardiente que no retrocede ante sacrificios, ni tampoco ante los medios malos ó buenos tratándose de enemigos de la patria. Merece además notarse muy especialmente que en esta historia se trata de una mujer, así como la exclamacion de los asirios al ver á Judit: «¿Quién despreciará á un pueblo que tiene mujeres como ésta?» Esto puede referirse á la hermosura física de la heroína, pero se puede tomar tambien en sentido mas profundo y conforme al espíritu de la leyenda, y entonces es indudable que la posicion social de la mujer era ya muy elevada en el pueblo judío cuando se refieren tales hechos de una de ellas.

Un cuadro pacífico de costumbres judías nos ofrece el libro de Tobías, historia que figura tambien haber pasado en tiempo de los asirios, pero cuyo autor no comete errores cronológicos chocantes como el de Judit. Por lo demás, el cuadro que nos presenta no tiene relacion con ninguna situacion política, á pesar de tener en apariencia un fondo histórico, á la verdad mucho menos importante que el del libro de Ruth, pues que ésta llega á ser bisabuela del rey David.

La historia de Tobías es en sustancia la siguiente: Empieza la narracion diciendo que Tobías, de la tribu de Neftalí, en tiempo de Salmanasar fué deportado de Tisbe en Galilea á Nínive; que siempre habia seguido el camino de la verdad; que en su juventud habia ido muchas veces solo á Jerusalem para ofrecer allí sacrificios á Dios, mientras todos los demás servian á Baal, y que siempre habia pagado al templo como manda la ley el triple diezmo. Siendo ya hombre, casóse con Ana, de la cual tuvo un hijo llamado tambien Tobías. En Nínive abstúvose de todo alimento impuro y Dios le bendijo tanto, que llegó á ser el banquero de Salmanasar. Los negocios marchaban bien y pronto pudo colocar doce talentos de plata en casa de Gabael, establecido en Rages, ciudad de la Media. Fué compasivo para sus compatriotas, partió su pan

con el hambriento, sus vestidos con el desnudo y dio sepultura á los judíos muertos, que en Nínive eran arrojados al otro lado de las murallas. Cuando Senaquerib derrotado regresó de Judea mató á muchos judíos y Tobías les dió secretamente sepultura. Senaquerib lo supo y Tobías tuvo que huir, perdiendo cuanto poseía, porque todo fué confiscado. Quedábanle solo su mujer y su hijo, mas al poco tiempo Senaquerib fué asesinado y le sucedió Asarhadon, en cuyo reinado llegó á ocupar el puesto mas elevado del gobierno un sobrino de Tobías llamado Aquiacar, y Tobías pudo regresar á Nínive. Allí le ocurrió una nueva desgracia. Despues de la puesta del sol del día de Pentecostés, habia dado sepultura á un judío degollado, y hallándose contaminado por el contacto de un cadáver, durmió aquella noche fuera de la muralla, y le cayó un excremento de golondrina en el ojo abierto. Quedó ciego, y su esposa Ana tuvo que ganar el sustento para la familia con su trabajo, que le valió un día un carnero por via de regalo. Tobías creyó que el animal era robado, y la mujer, defendiéndose, se burló de la piedad inútil de Tobías, que al fin solo le atraía desgracias. Tobías entonces desea morir y llama en su oracion á la muerte. Este pasaje último es seguramente una imitacion del pasaje análogo del libro de Job.

En el mismo instante en que Tobías está orando deseándose la muerte, estaba tambien orando lejos de allí, en Ecbatana, ciudad capital de la Media, Sara, la hija de Raguel, la cual se veía blanco de los sarcasmos de sus criadas porque habiéndose casado siete veces, habia perdido los siete maridos en la noche misma de las bodas, por obra de Asmodeo, el espíritu maligno. Apiádase entonces el cielo y envia al ángel Rafael para devolver la vista á Tobías y atar al espíritu maligno para que en adelante no pueda hacer daño. Al propio tiempo ocurre á Tobías enviar á su hijo Tobías á Rages para cobrar el dinero que habia depositado en manos de Gabael, y á la despedida da al hijo muchos consejos morales, muy semejantes á las sentencias, especialmente á las del libro de Jesus ben Sirac. Encargó en ellos á Tobías que diera á sus padres cuando muriesen sepultura honrosa; que tuviera siempre presentes los mandamientos de Dios; que fuese compasivo, huyese de las malas mujeres y tomara una esposa de su parentela, como lo exigía la tradicion judaica (compárese esto tambien con el libro de Ruth); que amara en general á sus parientes; pagara al trabajador su jornal; no hiciera á nadie lo que no quisiera que le hiciesen á él; no se embriagara; buscara los consejos de hombres prácticos, y diera siempre gracias á Dios. Con estos consejos y con las instrucciones respecto del cobro que habia de verificar, el jóven Tobías, despues de prometer que cumpliria todos los encargos, emprende la marcha. A la salida se le agrega un compañero de viaje que dice saber el camino, conocer en Rages á Gabael y llamarse Azarías, pero que es en realidad el ángel Rafael. Tambien acompaña al jóven Tobías el perro de la casa, y la madre se queda llorando. Al llegar los dos viajeros al Tigris coge Tobías un pez y le comieron, pero guardando Tobías por consejo de Rafael el corazon, el hígado y la hiel, porque los dos primeros dice hacen huir á los espíritus malignos y la hiel cura la ceguera. Continuando el viaje da el ángel á entender á su jóven compañero que debe alojarse en Ecbatana en casa de Raguel, pariente de Tobías, y cuya hija Sara le corresponde por esposa, segun derecho de parentesco. Esto da lugar á la mencion de las prescripciones relativas á estos casamientos, como en el libro de Ruth al tratarse del casamiento de ésta con Booz. El jóven Tobías tiene para el caso grandes escrúpulos causados por el temor del maligno espíritu Asmodeo; pero el ángel le recuerda lo que le habia dicho respecto de la virtud maravillosa del co-

razon y del hígado del pez, y le aconseja quemar estas dos cosas en la cámara nupcial, porque entonces ningun mal le podrán hacer los demonios. Al llegar á Ecbatana alójense los dos viajeros en casa de Raguel, y todo marcha como el ángel habia dicho. Raguel da su hija Sara á Tobías; se hace el contrato matrimonial, se celebra la boda; Asmodeo, ante el olor del corazon y del hígado del pez quemados, huye hasta el interior del Egipto, donde el ángel le ata, y la fosa que Raguel habia hecho cavar sigilosamente para su nuevo yerno, en la prevision de que Asmodeo le matara, no sirve porque Tobías vive y entonces se celebra la fiesta matrimonial durante dos semanas. Los padres de la novia dan á la jóven pareja la mitad de su hacienda, guardándole la otra para cuando hayan muerto. A fin de que el jóven marido no pierda tiempo, el ángel arregla el asunto del dinero depositado en Rages en casa de Gabael, y hecho esto, emprenden el viaje de regreso. Al llegar á Nínive se adelantan Tobías y Rafael á Sara; Ana, la madre de Tobías, que distingue á su hijo desde léjos, corre á su encuentro, y despues de los saludos y cariños del caso, el hijo unta con la hiel del pez los ojos de su padre y le devuelve la vista. La nuera es recibida tambien cariñosamente y se vuelve á celebrar en Nínive durante siete días la boda de los jóvenes. Tobías y su padre quieren recompensar al fiel compañero de viaje del primero y entonces se da á conocer el ángel como tal en un discurso bastante difuso y no siempre apropiado al asunto. Entonces el viejo Tobías, como Judit en el libro que cuenta su historia, prorrumpe en alabanzas que vienen á ser una descripcion de la Nueva Jerusalem. Finalmente la historia refiere la muerte del viejo Tobías, que alcanza la edad de 158 años y predice antes de morir la destruccion de Nínive. Ana tambien muere, y el jóven Tobías, despues de haber dado honrosa sepultura á sus padres, se establece en Ecbatana, donde al poco tiempo le toca cumplir el mismo deber con sus suegros. El mismo llega á la edad de 127 años y muere en Ecbatana, donde supo la destruccion de Nínive por los caldeos.

La importancia que para nosotros tiene este cuento está en ser un monumento notable y producto del judaismo. En él se demuestra que la religion se habia hecho maquina entonces, pues á cada paso nos encontramos con prácticas de caridad, abstencion de alimentos impuros y cumplimiento escrupuloso de prescripciones nimias de pureza, observancia estricta de las leyes matrimoniales, con las oraciones y rezos en todos los actos de la vida y con las sentencias morales. En segundo lugar hallamos en este cuento la creencia en espíritus muy generalizada y hasta elaborada, como lo atestiguan el ángel Rafael y el espíritu maligno Asmodeo, sin contar la supersticion relativa á las entrañas del pez, sustancia que aun el ángel necesitaba al parecer para cumplir su mision celestial. Finalmente caracteriza este cuento á la sociedad judía de su tiempo por la aficion manifiesta al regalo, á las alegrías materiales de esta vida y al dinero. Todas las personas de esta leyenda llegan á gran edad; la bendicion de Dios se traduce en Tobías el viejo haciéndole banquero del rey Salmanasar; el objeto del viaje de Tobías el jóven es el cobro de una suma de dinero; efectúa este cobro nada menos que uno de los siete arcángeles, sin perjuicio de su carácter celeste; y los padres de Sara pagan el dote de su hija, con la promesa de que heredará á su muerte la mitad de la hacienda que ellos se reservan. En toda esta historia prevalecen, sin embargo, el espíritu religioso, la honradez concienzuda y el amor de familia, que honran grandemente al genio del pueblo judío.

Muy afín en su espíritu y modo de pensar con el libro de Job es el libro titulado el Eclesiastes que solo se diferencia de aquel por su forma mas correcta. Es una poesia filosófica-

didáctica, en la cual el rey Salomon resume la experiencia de toda su vida, y el resultado final que saca es por demás desconsolador. Todo queda como antes, ó si se va, vuelve; solo el hombre pasa; nada nuevo hay debajo del sol; hasta el afán de la sabiduría es una vanidad, porque «el que acumula saber, acumula dolor;» los goces sensuales hastian al fin; los grandes hechos llegan á ser olvidados, y lo que se ha adquirido con el saber, lo heredan los necios. La única dicha es vivir alegre y disfrutar. El hombre muere como el animal: «¿quién sabe si el espíritu del hombre sube á las alturas y el del animal baja á las profundidades?» En vista de las maldades que se ven debajo del sol, fuera mejor no haber nacido; mas de todas maneras, es mejor vivir tranquilo que fatigarse sin utilidad y preferible es buscar la sociedad á vivir solitariamente. Tambien dice que la inteligencia vale al hombre mas que la riqueza. Encarga con insistencia la observancia de los deberes religiosos, la asistencia al templo y el cumplimiento de los votos, y en cambio condena la ambicion y la codicia: «Desnudos salimos del seno materno y desnudos nos vamos de esta vida; nada nos queda de nuestros afanes.» Es muy notable el empleo del principio griego: «Nada de excesos,» en este libro escrito en lengua hebrea, que dice: «No seas demasiado justo ni demasiado sabio; no seas demasiado malo ni seas necio; ¿por qué quieres morir antes del tiempo?» Muy útil es la recomendacion del autor, de meditar lo que se dice. Repite lo que tanto daba que pensar á Job, á saber: «He visto dar sepultura á infucos y los he visto tener reposo, mientras los justos perecian léjos del santuario y eran olvidados en la ciudad: esto tambien es vanidad.» No obstante, no se desea el autor la muerte, porque dice: «Mientras hay vida, hay esperanza; un perro vivo vale mas que un leon muerto.» Encarga que se cumplan las órdenes de los potentados, aunque no sea sino por prudencia, y es muy notable al final la exhortacion á disfrutar de la juventud, ya que despues se han de soportar los achaques de la vejez.

Todo el libro recuerda en muchos puntos esenciales el de Job, con el cual tiene de comun el espíritu, muchas cuestiones sueltas y la manera de considerar el mundo en general. Tambien el fondo de este libro es filosófico, pues así lo declara cuando dice: «Y pensé en inquirir y averiguar con sabiduría todo lo que se hace debajo del cielo;» y en otro pasaje dice que desea ver «cuál es el bien de los hijos de los hombres, para el cual trabajan todos los días de su vida.» Esta ocupacion indica claramente la influencia griega en el autor, y mas lo prueba todavia el hecho de que el hombre figura en este libro como el punto central de las especulaciones del filósofo sin relacion íntima con Dios. La moral enseñada en este libro es completamente ajena á la manera de considerar la vida que tenia el genio israelita, porque no es la santidad de Dios la que exige en este libro el cumplimiento de los deberes morales, sino la mayor prosperidad del hombre. Hasta parece que las diferentes menciones del juicio de Dios solo ocurren al autor para que el lector las tenga presentes y proceda con precaucion. No ocurre ni remotamente al Eclesiastes buscar la perfeccion moral por la perfeccion misma; mas esto no obstante su libro, como el de Job, tiene importancia suma para la historia de la religion. Desde el tiempo de Esdras se encontró el individuo, no ya la nacion como ente colectivo, frente á frente de Dios, ante el cual era desde entonces directamente responsable de sus actos, y el contacto con la civilizacion griega habia hecho considerar á toda la humanidad, y no solamente al pueblo de Israel, obligada á tener y cumplir deberes religiosos y apta para recibir revelaciones divinas. Se habia olvidado, y ya no existia en el ánimo de los judíos, la relacion antigua entre

Dios y el pueblo de Israel; así es que el individuo procuraba crearse una situación á su manera acomodada, y cumplía los mandamientos de Dios porque comprendía su utilidad para el bienestar individual; pero faltando la esperanza bien determinada de la resurrección, y siendo la ley religiosa judía lo que era, los afanes del hombre no podían conducir sino á la desesperación, como lo da á entender algo disimuladamente el libro de Job y como lo manifiesta sin ambages el Eclesiastes. Estos dos libros explican perfectamente que naciera y ganara terreno el deseo de la salvación de la humanidad que trajo á su tiempo el cristianismo.

7. La victoria sobre Nicanor y la muerte de Judas Macabeo.

Habiendo abandonado Báquides la Palestina, el sumo sacerdote Alcimo no pudo resistir, como ya hemos dicho, al poder creciente de Judas Macabeo. Refugióse, por lo tanto, al lado del rey Demetrio I, y éste accedió á enviar otro ejército, mandado esta vez por Nicanor, para restablecer el dominio sirio y someter á los rebeldes. Nicanor, quizás el mismo que con los generales Gorgias y Tolomeo había peleado contra los israelitas cerca de Emaús, era uno de los que furtivamente habían salido de Roma con Demetrio cuando éste sin el consentimiento del Senado, en el año 162, se dirigió á Siria para apoderarse del trono. Presentóse Nicanor con escasa fuerza armada y con bellas promesas de paz en Jerusalem y atrajo á una entrevista á Judas para prenderle; pero éste, á punto de caer en el lazo, logró escapar del peligro y reunirse otra vez con los suyos. Ya no era posible la paz, y las fuerzas de Judas y Nicanor tuvieron un encuentro cerca de Cafarnaum, lugar que no es posible identificar. Las diversas noticias sobre el resultado de la acción son contradictorias, pero lo cierto es que después de la batalla Nicanor se presentó en el templo, donde los sacerdotes le hicieron ver cómo allí se sacrificaba por el rey de Siria. Sin embargo, Nicanor les habló con desprecio y juró que quemaría el templo si no le entregaban á Judas con todo su ejército. Salió después de allí y acampó con sus tropas cerca de Bet-Horon, donde en otro tiempo había sido derrotado y deshecho el ejército de Seron. En Bet-Horon recibió el ejército sirio refuerzos y el 13 del mes de Adar se dió la batalla. Judas con los suyos estaba acampado en un punto llamado Adasa y Nicanor fué quien al parecer inició el combate; pero murió en él, y su ejército huyó perseguido por la gente de Judas, á la cual se agregaron los habitantes de los lugares inmediatos. Cuantos sirios cayeron en sus manos fueron pasados á cuchillo. La cabeza y mano de Nicanor fueron clavadas en un palo junto al camino de Jerusalem. El 13 de Adar, vigilia de la fiesta de Purim que cae entre nuestros meses de febrero y marzo, fué celebrado largo tiempo con razón como fiesta patriótica, porque con esta victoria Judas había apartado del pueblo judío un grandísimo peligro. De este modo Judas volvió á poner de su parte á todo el pueblo, en el cual, conforme tuvimos ocasión de observar, se había manifestado una gran corriente contraria á los Macabeos desde que los judíos habían obtenido en la paz hecha con Antíoco V y Lisias la libertad de su culto. Los asideos, aquellos partidarios de la observancia escrupulosa del culto, que se habían declarado á favor de Matatías cuando le habían visto victorioso, habían quedado satisfechos al ver garantida la libertad religiosa; pero la conducta traidora de Báquides les había indignado y el desprecio que Nicanor había hecho de los sacrificios, del templo y de los sacerdotes, y finalmente la victoria de Judas, les inclinó otra vez á su partido. Judas aprovechó su situación; había oído hablar de las grandes victorias de los romanos, de la gran der-

rota de Antíoco el Grande, de la retirada vergonzosa de Antíoco IV al recibir el mensaje del Senado por medio de Popilio Lena, y siguiendo el consejo de personas inteligentes buscó la alianza del poderoso pueblo romano para librar al suyo del peligro sirio. La circunstancia de haber quebrantado Demetrio su palabra de no salir de la ciudad de Roma, donde estaba en rehenes, sin autorización del Senado, favorecía la petición de Judas, el cual envió á Roma dos embajadores judíos, Eupolemo, hijo de Juan, y Jason, hijo de Eleazar, para solicitar un tratado de alianza. En efecto, lo obtuvieron y fué grabado en láminas de bronce y conservado en el Capitolio; pero apenas tuvo mas consecuencias que el efecto moral que pudo producir en el pueblo judío el hecho de que los romanos habían celebrado con él, como pueblo libre é independiente, una alianza defensiva y ofensiva.

A fines de marzo del año 161 se presentó otro ejército sirio mandado por Báquides delante de Jerusalem. Con Báquides llegaba también el sumo sacerdote Alcimo. Judas, al parecer, distrajo al enemigo de Jerusalem, y entre Berean y Elasa se dió la batalla; pero ante las fuerzas superiores de los sirios se arremolinaron los judíos, y muchos se desbandaron antes de entrar en acción. En vano los amigos de Judas quisieron disuadirle de aceptar el combate: un sentimiento caballeresco que ciertamente no era propio del espíritu judío le impidió rehuir el peligro. La batalla duró todo el día: Judas, conociendo que la fuerza del enemigo estaba en su ala derecha, se arrojó sobre ésta con los mas valientes de los suyos y, según dice la relación judía, derrotó aquella parte del ejército y persiguió al enemigo hasta la sierra de Asdod; pero entonces el ala izquierda enemiga se lanzó sobre Judas y los suyos: la pelea se enardeció, hubo muchos muertos y heridos de ambas partes y al fin cayó también Judas, lo que fué la señal de la huida de los suyos.

CAPÍTULO III

LOS ASMONEOS HASTA HIRCANO II

1. Jonatás.

La lucha contra la persecución griega de la religión judía, lucha empezada por Matatías, había sido continuada por su hijo Judas Macabeo hasta la consecución de la libertad del culto judío concedida por Lisias. Después había continuado la guerra por la independencia del pueblo judío, si bien contra el parecer de muchos de sus correligionarios, además de aquellos que estaban ya dispuestos á sacrificar sus creencias y costumbres judías en aras de la civilización griega. El partido de estos grecófilos, que antes de la sublevación iniciada por Matatías había tenido grande importancia, perdió crédito é influencia desde que el pueblo se entusiasmó en los campos de batalla por las antiguas y venerandas costumbres judías y contra la dominación griega. Por último, el partido de los asideos ó devotos, que al principio se había dado por satisfecho con la libertad del culto patrio y con tener un sumo sacerdote descendiente de Aaron, se volvió exasperado contra éste y contra la Siria por la dureza brutal del primero y la opresión de tanto ejército sirio. A todo esto hay que agregar la figura popular del piadoso, bizarro y enérgico Judas Macabeo, que con su espada había conquistado para su pueblo la libertad religiosa y que luchaba para conquistarle la independencia nacional y libertarlo de los insostenibles impuestos con que lo gravaba el gobierno sirio. Judas Macabeo creyó haberse acercado mucho á la realización de sus deseos patrióticos con su victoria sobre Nicanor del 13 del mes de Adar, y el tratado de alianza con Roma era una confirmación

de la independencia nacional del pueblo judío. Pero faltaba todavía conquistar de hecho esta independencia, la cual por otro lado requería una reorganización política completa del pueblo judío, pues que Judas fué quien envió á Roma los embajadores por encargo del pueblo judío, y no el sumo sacerdote, que se hallaba á la sazón en el campamento enemigo, ni tampoco el consejo ó consistorio de los ancianos, de cuya existencia no se dice una palabra.

En esta situación fué un golpe funestísimo para el pueblo judío, en vías de adquirir un vigor desconocido, la muerte de Judas Macabeo pocas semanas después de su victoria sobre Nicanor. Había sido la columna de la libertad en los mayores peligros y con su muerte había quedado la nación privada de su mas fuerte sostén. Por esto los romanos se retiraron de una empresa que, si bien tenía por objeto debilitar el reino de Siria, como cuadraba á sus intereses, no les parecía ya que prometiera buen éxito, pues nada dicen los escritos acerca de intervención del coloso romano en aquellos sucesos. Verdad es que existe solo una relación de lo entonces ocurrido, y esta en diferentes formas; pero todas pintan en los mismos términos la situación mísera de los defensores de la libertad después de la muerte de su caudillo. Hasta la naturaleza parecía haber hecho pacto con los opresores, porque el hambre aumentó la situación desesperada de los defensores de la independencia del pueblo judío. Báquides era dueño del país; gobernaba y nombraba los empleados en todas partes y su mayor cuidado era descubrir á los compañeros de Judas Macabeo para someterles á los martirios mas crueles. En esta situación inaguantable los patriotas militantes eligieron por caudillo á Jonatás, alias Afo, hermano menor de Judas Macabeo, con el cual había combatido en Galaad, donde quedaron vencedores los judíos. Jonatás no llegó bajo ningún concepto á la altura de Judas, pero entre los judíos ha tenido siempre grandísima importancia la genealogía y ésta hablaba en su favor. Judas Macabeo sucedió á su padre Matatías en la jefatura de la sublevación, porque sus cualidades le designaban entonces para el difícil puesto de caudillo, y después de su muerte, la jefatura correspondía á su hermano menor, tanto por ser de la misma sangre como en agradecimiento á los servicios de su padre y hermano. Un escrito de aquella época dice que los judíos le eligieron por jefe porque su familia parecía estar destinada por Dios á dar á Israel la victoria. Admitida de esta manera aunque tácitamente la herencia de la jefatura militar en la familia de Matatías, esta familia debía llegar por la marcha natural de los sucesos á la jefatura general si sus miembros sabían cumplir su misión.

Al principio de su jefatura fué desgraciado Jonatás. Hubo que trasladar las familias de los sublevados con todo cuanto poseían al territorio de los nabateos; Juan, alias Gaddis, el hijo mayor del difunto Matatías, recibió el encargo de dirigir la traslación; pero su mala fortuna quiso que al otro lado del Jordán los amoritas de Medaba sorprendieran la caravana, la saquearan y se llevaron las personas por esclavos, entre ellas también á Juan Gaddis. Jonatás, para vengarse, sorprendió con su otro hermano Simon, el segundo en edad que tenía por sobrenombre Tasi, á una comitiva amorita de boda, en la cual hizo destrozos; pero esto no le devolvió al hermano, ni á sus compañeros de armas ni á sus familias y bienes. A esto vino á añadirse una batalla desgraciada con Báquides en la cuenca del Jordán, donde Jonatás y los suyos se vieron tan acosados, que tuvieron que lanzarse al río y salvarse á nado.

Báquides, dueño de todo el país al Oeste del Jordán, fortificó á Jericó, Emaús, Bet-Horon, Bet-El, Tamnata, Faraton y Tefon y puso guarnición en todas estas poblaciones y en

las demás plazas fuertes. Aumentó las fortificaciones de Bet-Zur, Gazara y del castillo de Jerusalem. Aprovisionó abundantemente todas las plazas é hizo guardar en el castillo de Jerusalem á los hijos de los judíos principales en calidad de rehenes. A la sombra de Báquides continuó funcionando el sumo sacerdote Alcimo, y como nada dicen de él los libros de los Macabeos debe inferirse que no estaba mal reputado. En el año 160 antes de J. C., y algo mas de un año después de la muerte de Judas Macabeo, emprendió Alcimo una mejora en la obra del templo, reforma que vieron con gran disgusto los devotos. Se trataba de un muro vetusto, según se decía, obra del tiempo de los profetas, y que separaba la plaza anterior ó exterior, en la cual podían entrar paganos, de la plaza interior y del vestíbulo del templo. Alcimo quiso reemplazar este muro venerando por otro mas artístico para imponer mas á los gentiles; pero esta consideración, que evidentemente redundaba en mayor honor y gloria del culto judío, no encontró eco en los ánimos fanáticos y excitados de los devotos, los cuales atribuyeron á un juicio y castigo manifiesto de Dios la súbita muerte del sumo sacerdote, que ocurrió durante la obra á consecuencia de un ataque apoplético.

No se sabe lo que ocurrió después, y lo único que dice el escrito que tenemos es: «Viendo Báquides á Alcimo muerto, regresó al lado del rey y el país disfrutó dos años de tranquilidad.» Esto indica evidentemente cierta relación entre la muerte del sumo sacerdote y la partida de Báquides, y que hubo algo que el cronista juzgó prudente callar. El historiador Josefo supone que Báquides se retiró porque había terminado su encargo con los trabajos de fortificación y con la organización de defensa contra los revoltosos; pero bien mirado, la causa de su retirada debió de ser la muerte del sumo sacerdote, que ponía al gobierno sirio en el caso de nombrarle un sucesor y Báquides no tenía poder ni influencia bastantes para dar solución á tan delicadísimo problema. Esta es una mera suposición pero la mas verosímil y que coincide además con la situación crítica de su soberano en Antioquía.

Fuera Báquides del país, no tardaron en perturbarse el orden y la tranquilidad. Los notables de Jerusalem no reconocieron á Jonatás por jefe, ni tampoco pudieron llegar á ponerse de acuerdo respecto de la persona en quien debía recaer el cargo de sumo sacerdote, fuese porque temiesen un choque con el gobierno sirio, fuese porque no pudieron unir sus votos en favor de un solo candidato ó por ambas razones á la vez, lo que parece lo mas probable. Mientras tanto Jonatás y los suyos vivían en cuadrilla persiguiendo á los judíos grecizados y partidarios del gobierno sirio, los cuales naturalmente hicieron lo posible para que el rey volviera á enviar á Báquides á Palestina. Esta vez Báquides fué desgraciado; ni su gran ejército, ni sus máquinas de sitio pudieron rendir el castillo de Bet-Basí, fortificado por Jonatás y Simon y defendido por éste mientras el hermano recorría el país y causaba un descalabro tras otro á las fuerzas sirias. Báquides, furioso por las pérdidas sufridas y por no haber encontrado el apoyo vigoroso que le habían prometido los judíos partidarios del gobierno que le habían llamado al país, hizo dar muerte á algunos de ellos y firmó con Jonatás una paz muy honrosa para éste, porque le restituyó los prisioneros que le había hecho y juró no combatir ya nunca mas contra él. Cuando se hubo retirado Báquides por segunda vez, acampó Jonatás cerca de Micmás, no muy distante de Jerusalem, desde donde continuó su vida aventurera castigando á los judíos infieles. Su poder é influencia habían crecido tanto, que se halló en situación de tomar parte activa en los sucesos que provocó la contienda por el trono de Siria.

Los romanos habían mirado con mucha calma el reinado